

PENÍNSULA ODISEAS

Hijos del Nilo

Xavier Aldekoa



Hijos del Nilo
Xavier Aldekoa

ediciones península

© Xavier Aldekoa, 2017

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: abril de 2017

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

VÍCTOR IGUAL • fotocomposición
CAYFOSA • impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 2.881-2017
ISBN: 978-84-9942-591-7

ÍNDICE

Introducción: El río que nos hizo viajar	11
--	----

UGANDA

1. La niña más lista del Nilo Blanco	19
2. <i>Seat warmers</i>	39
3. Río sangre	43
4. Elefantes	57
5. Un asesino de Dios	61
6. La carretera	81
7. Excusas	91

SUDÁN DEL SUR

8. El país de las nadie	97
9. El ventilador	117
10. Las llaves del Sudd	121
11. El mundo sigue girando	131
12. El rey shilluk está enfermo	135

ETIOPÍA

13. La revolución del lago etíope	149
14. El misterio español del Nilo Azul	169
15. El precio de las cosas	179
16. Las fuentes del emperador	183

SUDÁN

17. La ciudad de los dos ríos	203
18. La Grecia de Jartum	223
19. El desierto no es de los faraones	227
20. El hombre ratón	241

EGIPTO

21. Camas nubias	249
22. El pigmeo del faraón	267
23. La faluca	273
24. El tren	295
25. El canto del muecín	299
Agradecimientos	305

LA NIÑA MÁS LISTA DEL NILO BLANCO

Esta historia empieza con trescientos muertos y una niña desesperada. Nace de las ganas del reencuentro entre una hija con su madre y muere como mueren las historias tristes de verdad: antes de empezar. Era una noche de julio y el móvil se iluminó en la mesita de noche de mi casa en Cornellà. Vibró levemente, lo cogí aún medio dormido, y la desolación se presentó en la habitación con voz de niña. «Sudán del Sur vuelve a estar en guerra.» Tardé un poco en reaccionar e incorporarme. Al otro lado del teléfono, Grace, una chica sursudanesa que vivía como refugiada en el oeste de Kenia, hablaba con un hilo de voz. Con ese tipo de tristeza vencida, de quien pone a la guerra el rostro de un familiar: «¿No voy a poder ver a mamá, verdad?». Grace llevaba dos años sin verla. Intenté animarla y quedamos en hablar al día siguiente. Colgué y me tendí en la cama, mirando al techo.

No. No vas a poder ver a tu madre, Grace.

En un instante, los planes que habíamos hecho unos meses antes acababan de saltar por los aires. El viaje era una

ilusión: Grace iba a coger un autobús con su padre, que había huido con ella a Bungoma, Kenia, e íbamos a encontrarnos esa misma semana en la ciudad ugandesa de Jinja, en las fuentes del Nilo Blanco. A partir de ahí seguiríamos el curso del Nilo en barca y carretera hasta Sudán del Sur e iríamos a visitar a su madre, que vivía en la ciudad de Bor. Luego yo continuaría solo hacia el mar. «¡Por fin! ¡No te imaginas cuánto la echo de menos!», decía Grace una y otra vez. A medida que se acercaba la fecha para nuestra reunión en Uganda, ella no paraba de escribir para ajustar este o aquel detalle. Estaba radiante.

Y de repente, la guerra estalló en Sudán del Sur. Dos días antes de la fecha prevista para encontrarnos en Uganda, el sueño de Grace se esfumó. El país entró en una nueva fase de la guerra iniciada a finales de 2013, esta vez si cabe más sangrienta y cruel, cuando las tropas del presidente Salva Kiir y el ex vicepresidente Riak Machar se enfrentaron a tumba abierta en la capital. Más de trescientas personas fueron asesinadas en apenas dos días en Yuba. El país se fue literalmente a la mierda: la violencia no solo dinamitó el frágil acuerdo de paz que habían alcanzado ambas partes un año antes, sino que también provocó un éxodo de miles de personas que huían despavoridas y encendió nuevos enfrentamientos en varias provincias en el sur. El tratado de no agresión se reveló como un trozo de papel lleno de promesas rotas. En solo unos días, aparecieron hasta cuarenta milicias activas en diversos puntos del país, que combatían por intereses locales de sus comandantes o por el control de tierras o de los pozos de petróleo. Cuando se acabó el dinero que compraba lealtades y mantenía las bombas calladas, el país explotó.

A la mañana siguiente, ya con más datos de lo que había ocurrido, llamé a Grace. Fue una conversación corta. Le dije que no tenía sentido que ella viajara a Uganda ahora porque luego iba a ser imposible entrar en Sudán del Sur para ver a su madre. Le prometí que en cuanto fuera posible, iríamos a verla; aunque no estaba seguro de si le estaba mintiendo o no. Ella reaccionó con madurez. «No te preocupes, puedo entender la situación.» Nos despedimos y empecé a hacerme la mochila. En unas horas despegaba mi avión hacia Uganda.

Grace Akon era una niña lista a rabiar. La había conocido dos años antes, en agosto de 2014, en un campo de desplazados junto al Nilo de Mingkaman, en Sudán del Sur. Entonces Grace tenía 16 años y me pareció la chica más brillante, más despierta y con más ganas de estudiar que he conocido jamás en África. Preguntaba todo el rato. Grace quería saber dónde trabajaba, cómo era Barcelona, cómo vivían los niños en Europa, qué estudiaban, cómo eran las carreteras y si teníamos vacas. «¿Cómo se dice “gracias” en español?», «¿Coméis arroz allí?», «¿Cuánto cuesta una Coca-Cola en tu ciudad?». Cuando me vio comprobar los mensajes de Facebook en el móvil, insistió hasta que le creé una cuenta para ella, aunque no tenía ni idea de para qué demonios le iba a servir, porque ella no iba a tener acceso a internet y su teléfono hacía semanas que estaba apagado. Como no había electricidad en el campamento, únicamente podía recargarlo cuando visitaban la zona unos cooperantes.

Sus ganas de aprender eran tan enormes que solo eran comparables en tamaño al de su mala suerte.

Antes de llegar a aquel campamento, Grace era una chica normal, con una vida muy parecida a la de una adoles-

cente europea: salía con sus amigas, le gustaba escuchar música, iba al colegio y sus asignaturas preferidas eran historia, química y biología. Vivía con sus padres y sus cuatro hermanos en una casa con jardín y árboles frutales. Leía mucho.

En una mañana, todo ese mundo se desmoronó. Una milicia rebelde nuer, el segundo grupo étnico del país, arrasó la ciudad. Justo antes de que los hombres armados llegaran, Grace huyó con su padre y sus hermanos hacia el Nilo. Su madre, que había salido a hacer unas compras, se quedó atrás. No pudieron esperarla. Estaban escondidos en el bosque junto a decenas de vecinos cuando los nuer abrieron fuego y todos se tiraron al río. Aquella escena se le ha quedado grabada a Grace. «Vi a diez niños saltar al agua y ahogarse. Les disparaban, saltaban y desaparecían. Uno, dos, tres, cuatro, cinco... vi cómo se hundían.» Grace reconoció las caras de algunos atacantes. Varios vivían en el barrio y estudiaban con ella. Semanas antes, habían salido juntos a divertirse. «Y de repente nos disparaban.»

Subidos en una barca atestada, llegaron al campo de desplazados de Mingkaman en la víspera de Navidad. A orillas del Nilo, se levantaban cientos de tiendas para más de nueve mil personas que habían huido de los combates. No había luz, comida o medicinas suficientes y la dependencia de la ayuda humanitaria era absoluta. En ese contexto desolador, donde parecía imposible imaginar una salida, aquella niña creía en un futuro. Cuando pregunté a Grace cuál era el principal problema en el campamento, no se lo pensó: «Que no hay escuela; ocho meses ya». Podría haber dicho que tenía hambre y miedo, que no había letrinas suficientes o que el agua estaba sucia, porque todo eso era verdad, pero a Grace le quemaba estar perdiendo su oportunidad. Ape-

nas era una adolescente pero, quizás porque había visto cosas que ya no podría olvidar, anhelaba aprender en paz. Quería estudiar medicina. Cuando eres doctora, decía, no solo salvas a una persona, sino al mundo entero. A Grace le fascinaba la idea de llevar siempre encima el conocimiento; no en una mochila o en un libro que podías perder o te podían robar, no. Ser médico, apuntaba casi emocionada, es tener en la cabeza la sabiduría para saber qué hay que hacer en todo momento. «Y si sabes eso —señalaba— la gente se cura y todo está OK.»

Qué ganas de saber tenía Grace.

El padre de Grace decía que la niña había salido a su madre. Él solo hablaba árabe y dinka, pero su esposa aprendió también inglés y se lo enseñó a su hija. Cuando Grace era pequeña, la mujer le hizo prometer que, pasase lo que pasase, estudiaría.

Y Grace le dio su palabra.

Reconozco que la primera vez que la vi me sorprendió aquella determinación por estudiar en una chica tan joven. Me pareció entrañable, incluso. Pero me quedé corto. Entonces no era consciente de lo que Grace iba a ser capaz de hacer por ir a la escuela.

Aterricé en Uganda con una sensación amarga. Lo que se suponía que iba a ser un viaje feliz para reencontrarme con Grace e ir a ver a su madre a Sudán del Sur, se había torcido definitivamente. Mi intención era seguir el curso del Nilo para buscar historias que me ayudaran a comprender. No quería adrenalina ni mucho menos unas clases de navegación extrema. No me importaba avanzar lentamente por carretera, tomar algún atajo o incluso detenerme durante días en algún punto. Para mí, el Nilo no es un río, son

personas. Me apasiona su poder de atracción de pueblos diversos y su versatilidad. En su descenso, el Nilo une culturas africanas y árabes hasta enlazarlas con las del Mediterráneo. Hasta nueve naciones conforman una cuenca hidrográfica de más de 3.000.000 de kilómetros cuadrados: Burundi, Ruanda, Tanzania, Kenia, Etiopía, Uganda, Sudán, Sudán del Sur y Egipto. Yo quería recorrer los países que atraviesa el Nilo de la mano de los pueblos de sus riberas. Desde el primer segundo, me quedó claro que no siempre viajaría solo.

— *What's up, bro!?*

Sylvain Munyali, un chico congolés que había conocido tiempo antes en su país, me recibió con una sonrisa franca y un abrazo en el aeropuerto de Entebbe, a las afueras de Kampala. Llevaba puesta una camiseta de rayas horizontales, negras y blancas, y una gorra de béisbol beis. Aquel encuentro era una maravillosa casualidad. El día antes de volar a Uganda, hablando por whatsapp, le había pedido ayuda para sacarme los visados de Sudán del Sur y Sudán. Ese tipo de gestiones aburridas son mi auténtica cruz y Sylvain era un tipo con muy buenos contactos en las embajadas de la región; así que le pregunté si me podía echar una mano. Resultó que estaba en Uganda: «¿Vienes para aquí? ¡Yo estoy justo ahora en Kampala!», me había dicho. Le expliqué la historia de Grace y nuestro viaje frustrado desde las fuentes del Nilo. Cuando supo que iba a viajar solo por el país, se ofreció a acompañarme aunque sabía de mi bolsillo estrecho. Yo no podía pagarme un guía, pero él insistió en ayudarme. «Me irá bien, apenas conozco el norte del país y podemos dormir en la misma habitación para ahorrar, si a ti no te importa. Y viaje ligero.»

Nos subimos a un taxi para ir al hotel y me dio buenas noticias. Aunque las fronteras de Sudán del Sur estaban cerradas esos días por la guerra, un buen contacto le había prometido que me darían un salvoconducto. Llevaría varios días, eso sí. Mientras tanto, descenderíamos el Nilo por tierras ugandesas hasta la frontera sursudanesa.

La carretera desde el aeropuerto a Kampala es una lengua de asfalto alargada y sucia. Tiene solo un carril, atraviesa decenas de barrios y pasa a apenas unos metros de la orilla del lago Victoria, así que a menudo se forman unos embotellamientos de aúpa.

Me alegraba viajar con Sylvain por Uganda. Su compañía me iba a permitir descifrar algunos códigos locales incomprensibles para mí y además era un tipo vivo, tenía paciencia de sobras y sabía ser diplomático cuando era necesario. Eran unas cualidades inmejorables para moverse por esa parte de África.

Al día siguiente, cogimos un autobús hacia Jinja. Estaba ansioso por visitar las fuentes del Nilo, pero tenía una sensación amarga porque ahí era donde debía encontrarme con Grace y su padre. Situada a unos 80 kilómetros de la capital, Jinja es una ciudad de aires antiguos. Casas coloniales que hace años perdieron su esplendor se distribuyen en filas de calles rectas y aceras anchas de corte germánico. No es una licencia literaria, es tal cual: fue el arquitecto alemán Ernst May quien diseñó la ciudad. May, que se exilió de su país cuando los nazis tomaron el poder, se estableció en el este de África durante varios años antes de regresar a Alemania al final de su vida.

A pesar de los achaques de la humedad, los porches y terrazas de tonos pastel dan un toque original a una de las

ciudades más bonitas de Uganda. Es un lugar vivo: sin el bullicio ni el tráfico de otras urbes africanas, cientos de comercios informales de periódicos, DVD o ropa barata batallan por el espacio de las aceras con tiendas de electrónica y restaurantes regentados por indios. Como ocurre en la vecina Kenia, en tiempos del Imperio británico miles de indios fueron desplazados desde su país para construir la línea férrea entre Mombasa, en la costa keniana, y Kampala. Después de concluir el trabajo, muchos decidieron quedarse y probar suerte. Para aquellos que lograron superar el racismo y la persecución gubernamental en la década de los setenta, sonó bingo: son una de las minorías más prósperas de la ciudad. Algo parecido ocurre hoy en muchos puntos de África con la comunidad china: después de trabajar durante años en suelo africano para compañías de su país —y ganar dos o tres veces el sueldo que obtendrían por el mismo trabajo en China—, algunos deciden quedarse y emprender sus propios negocios.

Por la noche, Jinja también es un combate de aromas. El olor de la carne de ternera o cabra a la brasa compite con el de los saltamontes fritos, el arroz con judías negras o el pan chapati recién hecho de decenas de puestos callejeros. En el patio interior de los bares, los hombres se sientan alrededor de un cubo para beber con largas pajitas cerveza tradicional hecha de maíz. Pero la brisa fresca y húmeda avisa de que la ciudad es algo más: Jinja es también el lugar donde el Nilo surge del lago Victoria. En ese punto preciso, el Nilo empieza a ser el Nilo. El Nilo Blanco.

Un boda-boda (o taxi-moto) nos llevó al Parque de las Fuentes del Nilo. Es enclave turístico, anclado en la ribera oriental del río y repleto de tiendas de recuerdos en un ca-

mino de tierra que baja hacia el lago. Se pueden alquilar barcas por unas horas. En ese punto, las aguas plateadas bajan tranquilas y se respira paz. Los cormoranes vuelan bajo, las garzas imperiales alzan el vuelo con su aleteo acompasado y las iguanas se tuestan las escamas al sol. Desde nuestra barca, vimos cómo tres pescadores vaciaban sus redes de tilapia, un pescado muy popular en la región. Faenaban ajenos al ajeteo en el embarcadero, donde gritaban excitados los alumnos de un instituto de Kampala. Pauline, vestida con un uniforme escolar de falda y suéter negro, se hacía fotos junto a una estatua del héroe de la independencia india, Mahatma Gandhi. El símbolo de la lucha pacífica pidió que parte de sus cenizas fueran arrojadas a las aguas del Nilo; y así se hizo en 1948. Me acerqué a Pauline, a quien un guía había prestado un sombrero de vaquero naranja chillón para hacerse una foto. Como reía divertida y se la veía feliz, busqué unas palabras que vistieran de solemnidad o emoción el lugar. Salió rana.

—¿Qué te parece estar aquí, en las fuentes del Nilo?

—¿A mí? El Nilo me da miedo, que no sé nadar. Prefiero un bar.

El descojone de sus amigas, que la rodeaban para chocarle la mano y abrazarla por su ocurrencia, acabó abruptamente con mi amago de entrevista.

En realidad, la importancia del lugar fue durante muchos siglos una obsesión blanca. Decenas de exploradores se embarcaron en frenéticos viajes para desvelar una de las mayores incógnitas geográficas que a mediados del siglo XIX aún estaba sin resolver. Si en la Antigüedad, griegos, egipcios y romanos ya habían intentado hallar las fuentes del gran río sin éxito, durante la carrera de las potencias euro-

peas por descubrir los nuevos mundos —y explotar sus riquezas— se convirtió en una cuestión de orgullo nacional. Muchos murieron en el intento. El primero en atribuirse la victoria fue John Hanning Speke, un antiguo oficial del ejército británico de India que llegó a la zona de Jinja el 3 de agosto de 1858 y proclamó el lago Victoria como las fuentes del Nilo. Su anuncio pilló a contrapié a su antiguo amigo y competidor, Richard Francis Burton, quien también ansiaba descubrir el origen del gran río africano y negó la mayor: juró que aquel punto no era el verdadero origen del Nilo. Desde entonces, el misterio de las fuentes del Nilo ha vertido miles de páginas de literatura, gastado cientos de suelas (y de vidas) y generado numerosos golpecitos en el pecho. Algunos geógrafos y exploradores sitúan el origen del Nilo en el lejano río Kagera, el mayor tributario del lago Victoria, cuyas aguas nacen en Burundi y atraviesan Ruanda y Tanzania antes de llegar a Uganda. Otros creen que las fuentes reales son los ríos Luvironza y Ruvubu, los principales donantes de agua a su vez del Kagera y que nacen en las planicies burundesas, a apenas 45 kilómetros del lago Tanganica. En realidad, el lugar preciso es un enigma imposible de resolver. El Victoria es una suerte de embudo de un territorio extenso que recoge el agua drenada de decenas de ríos, de cientos de pozos subterráneos e incluso de los glaciares de la cordillera Rwenzori, una cremallera de montañas de hasta 5.000 metros de altura entre Uganda y Congo. Tras acumular toda esa agua de tierras lejanas, el lago Victoria se derrama en el Nilo, que empieza su larga travesía hacia el mar.

—¡Oh, este lugar es mágico! ¡Hazme una foto!

Sylvain estaba más emocionado que yo. Una barca nos

llevó hasta el supuesto punto exacto, en medio del lago, donde el Nilo adopta su nombre. Sobre unas rocas, hay un cartel circular con tres patas de acero retorcido que marca el nacimiento del Nilo. Sylvain se subió a las piedras, se giró hacia mí, alzó los pulgares y esperó al clic. Antes de que regresáramos a la orilla, ya había colgado la foto en Facebook.

Ese cartel es solo un punto de partida. A partir de ahí, el río avanza manso y suave —a causa de la construcción en 1947 de una presa que se cargó las cascadas Rippon y cualquier conato de espectacularidad— e inicia su descenso hacia el Mediterráneo. Se calcula que sus aguas tardan tres meses en completar la travesía desde el lago hasta el mar. Para los locales, el sitio tiene rincones cargados de misticismo. A unos metros del lugar donde el Nilo adopta su nombre, se levanta imperial un árbol de ramas retorcidas con la corteza blanquecina que hunde sus raíces en el río. Es el *Árbol de la Vida*. Entre sus hojas anidan decenas de pájaros que defecan antes de alzar el vuelo y pintan de blanco las ramas y las hojas. Los vecinos vienen a bañarse entre sus raíces porque creen que tiene propiedades mágicas, puede curar la infertilidad o incluso sanar enfermedades.

A Sylvain, que seguía eufórico, el cuento se la traía al paio.

—¿Sabes qué hay realmente mágico en Jinja?

—...

—¡La cerveza Nile!

Y se descojonó.

Quizás suena menos poético que la leyenda del Árbol de la Vida, pero Sylvain tenía parte de razón. La Nile Special es la cerveza más popular del país y su fábrica principal

está a las afueras de Jinja, donde recoge agua directamente del Nilo para preparar sus cervezas.

Tanto Sylvain como yo estábamos ansiosos por empezar la travesía, así que después de cenar unos pinchos de carne de cabra —él los regó con Nile Special, claro—, volvimos a pie al hostel para repasar los lugares por donde íbamos a ir.

Aquella noche no dormí demasiado. A las tres en punto de la mañana, varios perros del vecindario se pusieron a ladrar y a aullar a la vez. Me desperté sobresaltado. En la cama de al lado, Sylvain seguía roncando sin inmutarse. Los canes aullaron durante varios minutos y luego se callaron todos al mismo tiempo. Sin más. Como ya me había desvelado, me puse a dar vueltas en la cama. No podía sacarme de la cabeza que allí, en ese mismo hostel y ese mismo día, tenía que haberme encontrado con Grace y su padre.

La solidaridad de un anónimo había permitido que aquella niña mostrara su fuerza interior. Ocurrió días después de publicar en *La Vanguardia* varios reportajes sobre aquel campo de desplazados de Sudán del Sur donde había conocido a Grace. Uno de ellos lo había dedicado al papel de la mujer en un país donde los hombres cuidan a las vacas o se matan unos a otros y ellas hacen todo lo demás. Expliqué una postal común en África: cómo frente a cada refugio había mujeres cuidando de sus hijos, moliendo grano o cocinando. Que ellas eran quienes iban a buscar agua al pozo o lavaban la ropa en el río antes de extenderla en la hierba al sol. Quienes no se rinden para que, cuando todo se desmorona, su familia salga adelante. En ese texto hablé de Grace. A los pocos días, sonó mi móvil. Era un médico jubilado y no me dijo su nombre. Había leído la historia de

aquella niña en el periódico y se ofrecía a pagarle los estudios. Se ahorró las florituras y demostraciones de bondad. Fue directo: tengo el dinero. Que estudie. Patapam.

Tardé en localizar a Grace tres semanas. La llamé decenas de veces, pero su móvil estaba siempre apagado. Cuando por fin di con ella, la emoción atropelló mis palabras: «¡Un doctor de Barcelona quiere pagarte los estudios, Grace!, es genia... *pi pi pi pi*». La conversación se cortó. Solo me había dado tiempo a saludarla y explicarle las intenciones del médico anónimo. Nada más. Entonces yo no lo sabía, pero aquella corta conversación, apenas una vaga promesa de futuro sin concreción ni detalles, acababa de convertirse en el primer paso de una increíble travesía por un país en guerra de una niña adolescente. Como tampoco ella podía contactar conmigo, apostó a todo o nada: decidió que llegaría como fuera a la vecina Kenia para encontrar un colegio. «Era mi única opción, todas las escuelas de Sudán del Sur estaban cerradas por la guerra», me explicaría tiempo después.

Antes de subirse a la lancha con la que iniciaría una odisea propia de héroes helenos y no de una niña, su padre rezó mil veces por ella, le regaló una libreta verde con frases escritas a mano —sobre todo oraciones, pero también consejos para la vida— y colocó todos los ahorros de la familia en su mochila: 130 euros en total. De aquella mañana, Grace recuerda que todos se abrazaron y lloraron mucho, pero que también estaban felices. «Tenía que conseguirlo por mi familia.»

Aquel día, Grace inició un viaje de tres semanas y más de 3.000 kilómetros, durmiendo en autobuses o en la calle y alimentándose de galletas o cacahuètes, para llegar a la

frontera de Kenia. Avanzó en barca, por carretera y a pie. Los combates cosían todo el trayecto y el viaje era tan peligroso —unos rebeldes acribillaron un autobús en la ruta por donde ella debía pasar un día después— que otros pasajeros decidieron no continuar. Grace no dudó. Para ella, volver no era una opción. Consiguió una plaza en un coche abarrotado y partió hacia la frontera.

Estuvo a punto de pagar ese coraje con la vida.

Grace ya llevaba un rato temblando de miedo cuando un golpe seco con la culata de un fusil la derribó. Un hombre armado con un AK47 le echó el aliento a la cara cuando le advirtió que se lo iba a decir por última vez: quería todo su dinero. A su lado, dos de los ocupantes del coche en el que viajaban sangraban abundantemente de heridas en la cabeza. Grace, que ocultaba casi cien dólares entre la ropa, insistió en que no tenía dinero.

En aquellos días de guerra y caos, los grupos de bandidos eran habituales y asaltaban con frecuencia a quienes huían por la carretera. A veces mataban y violaban. A veces no. Al coche de Grace le habían cortado el paso en un curva del camino que pasa en medio de unas colinas y que cierran cualquier posibilidad de huida. Les estaban esperando.

Grace no sabe muy bien por qué no les mataron.

Cuando por fin cruzó a pie la frontera, tuvo que correr por su vida durante tres días más. Una noche le despertaron unos gritos. «Escuché: “¡Vienen los nuer, vienen los nuer!”». Venían a buscarnos con machetes y palos. Estaba muy cansada pero corrí todo lo que pude, pensé que el corazón me iba a explotar. Mataron a muchos.»

Casi un mes después de aquella breve conversación por teléfono en la que le había explicado la intención del doctor

jubilado de pagarle los estudios, Grace llegó a su destino: Bungoma, una ciudad en el este de Kenia. Allí vivía una tía lejana suya y quizás, pensó, esta podría ayudarla a encontrar escuela.

Durante todo ese tiempo, yo permanecí ajeno por completo a la odisea de Grace. Pensaba estúpidamente que seguía incomunicada en el campo de desplazados de Mingkaman, pendiente de una promesa esperanzadora. Por mi parte, andaba preocupado porque todos los intentos para localizarla caían en saco roto. No sabía dónde estaba. Hasta que ella me encontró a mí. El 24 de noviembre de 2014, a las 12.45 del mediodía, se abrió una ventana de conversación en mi cuenta de Facebook.

«Hola, Xavi, soy Grace. ¿Cómo estás? Llámame. Estoy en Kenia. He venido porque aquí hay escuelas», escribió.

Qué tía. La madre que la parió.

A principios de 2016, fui a visitar a Grace a Bungoma, a apenas unos kilómetros de la frontera entre Kenia y Uganda. Había ido a hacer unos reportajes a la ciudad keniana de Iten, la cuna de los mejores atletas del mundo, y su casa quedaba cerca. Quería saber cómo era su nueva vida, conocer a sus profesores y visitar su escuela. Me vino a buscar a la estación de *matatus*, unas furgonetas viejas que sirven de red de transporte público en decenas de países africanos. Llevaba un traje de chaqueta azul y había engordado bastante desde la primera vez que nos vimos. Se lo dije y reaccionó feliz: «¡¡¡Síííí!!! He ganado unos kilos, ¿no es genial?». Y soltó una carcajada. Después de darnos un abrazo gigante, nos dirigimos a su casa a las afueras del pueblo. No estaba demasiado lejos, apenas 30 minutos andando, pero

insistió en coger unas bicicletas-taxi, equipadas con un asiento acolchado encima de la rueda trasera que permite sentarse al cliente con las piernas de lado. A Grace se le escapaban las palabras a borbotones. «Este es el camino que cojo cada mañana para ir a la escuela», «esto es una vía del tren larguísima, ¿ves?», «¿has visto aquella mariposa naranja!?», «aquel garito es la tienda de comestibles y el dueño es ugandés». Lo explicaba todo con una inocencia contagiosa. Daban ganas de dejar de ser adulto por un rato y volver a sorprenderse por lo cotidiano como hacía Grace.

Hasta que llegamos a su casa y le cambió la cara.

Era un hogar humilde, con las paredes de cemento y un pequeño jardín compartido con unos vecinos. Pero había algo en Grace que no encajaba del todo. De repente se había puesto tensa. Se detuvo un instante en la puerta, como si ya no tuviera más remedio que confesarlo. Cuando su hermano pequeño asomó por la puerta, lo entendí todo. Se suponía que Grace vivía allí sola, pero se había gastado una parte del dinero que le enviaba el médico barcelonés en comprar un pasaje de autobús para su padre y tres de sus hermanos. «No sabía cómo decírtelo; no podía dejarles allí», masculló con cierto apuro. En realidad, había convertido el dinero en chicle. Comían menos para que los billetes dieran para todo. Ella iba a la Namachja High School, la mejor escuela de la región, y había apuntado a sus hermanos al colegio público, donde una sola aula albergaba a setenta alumnos apelonados. «No es lo mejor, pero es más barata y tienen que estudiar, es importante», continuó Grace como si fuera necesario dar explicaciones. Cuando se lo expliqué al doctor, reaccionó con humanidad. «*I tant!, jo també ho hauria fet*», dijo. La vida de toda la familia, y tam-

bién los imprevistos y los problemas, dependían de un tipo bondadoso y anónimo. Y no les ha fallado nunca.

Después de comer —habían preparado arroz blanco con rodajas de tomate, un manjar—, fui a dar una vuelta por el barrio con Grace. Estaba feliz: su madre estaba viva y hablaban de vez en cuando por teléfono. También me explicó su día a día en Kenia. Se despertaba a las cuatro para leer, tomaba un té, iba al colegio, estudiaba, comía al mediodía y volvía a estudiar. Estaba obsesionada con aprender. Al día siguiente, cuando visité su colegio, su tutor me lo confirmó. Estaban encantados con Grace y era, sin duda, una de las mejores alumnas de la escuela y con mejor actitud. Quizás demasiado: leía incluso a la hora del recreo. Como no interactuaba tanto con sus compañeros, eso no la ayudaba a mejorar su suajili, la lengua oficial en Kenia y varios países de la región, pero no de Sudán de Sur. Aunque la mayoría de las asignaturas eran en inglés, la materia de idioma suajili se le atragantaba a Grace, que apenas sabía hablarlo. A fin de cuentas, su lengua materna es el dinka. En las escuelas privadas kenianas, con el competitivo sistema británico en los genes, es habitual que se organicen competiciones entre alumnos y cada trimestre se cuelga en los tablones de la recepción la lista de los mejores (y los peores) alumnos. Se suman todas las notas de las asignaturas y se hace la clasificación del mejor al peor. Grace se moría de ganas de contármelo. Al final, cuando ya no pudo aguantarse más, se lanzó. «¡He quedado la tercera en mejores notas de mi edad!», exclamó. Había tenido la mejor puntuación de los setenta y cuatro alumnos de su quinta en Historia y Estudios Religiosos, unas notazas en el resto de asignaturas y solo un pero: había sacado 4 de 100 puntos en lengua suaji-

li. «¡Eso me ha hecho bajar la media, por eso no he quedado la primera!», dijo con una brisilla de fastidio.

Antes de regresar a casa, fuimos al mercado a comprar unas gallinas. Decenas de mujeres mostraban su mercancía en mesas colocadas una junto a la otra o en manteles directamente en el suelo. Varias vendedoras ofertaban exactamente el mismo producto: aquí había seis que vendían montoncitos de patatas, solo patatas, perfectamente ordenadas en pequeñas pirámides; allí cinco que ofrecían pescado seco, solo pescado, y un poco más allá siete que exhibían tomates. Solo tomates. Detrás de los puestos de carne, donde cabras y vacas despellejadas colgaban de ganchos anclados en la pared, había un patio lleno de jaulas.

«¡Guau!», exclamó Grace. Normalmente, me explicó, comían carne una vez cada dos o tres semanas. Las aves estaban encerradas en unas jaulas de varios pisos hechas con caña y atadas con cordeles. El cliente señalaba la gallina que quería y el vendedor, tras echar un vistazo al bicho, decía un precio según el tamaño y el peso aproximado del animal. Negociable. Y Grace, pese a ir con un blanco, sabía negociar. «Mi padre las cocinará», dijo.

Me sorprendió, pero Grace no lo había dicho por decir.

A sus 62 años, el padre era el encargado de cocinar, limpiar la casa y distribuir el dinero que les enviaban desde Barcelona. No era algo habitual porque esos trabajos en Sudán del Sur están reservados normalmente a las mujeres, pero era un hombre responsable, flexible y, al fin y al cabo, los niños estudiaban y su esposa estaba a miles de kilómetros de distancia. También era, algo absolutamente clave para Grace, un hombre tolerante. Cuando más tarde hablamos largo y tendido en el comedor de su casa —con Grace

haciendo de traductora—, su padre disipó enseguida mi gran temor. Yo tenía miedo de que quisiera casar a su hija cuando cumpliera los 18. Sabía que el riesgo era real. En Sudán del Sur, una de cada cuatro chicas contraen matrimonio entre los 15 y los 17 años. La cifra se dispara en cuanto cumplen la mayoría de edad. Para la familia de la novia supone una inyección de recursos importante porque el marido debe pagar una dote de entre veinte y cuarenta vacas, aunque según la belleza, la inteligencia o el estatus de la chica, la cifra de reses puede aumentar. Era un caramelo apetecible para una familia en apuros —y qué leches, casi todas lo eran por entonces— y pensé que esa iba a ser una cuestión espinosa. Pero aquel hombre me sorprendió. Había vivido veintidós años en el bosque, como religioso de un grupo rebelde en los tiempos de la guerra con Sudán, y sabía de los beneficios de la paciencia. «Soy consciente de que Dios nos está ayudando a través de mi hija y toda mi familia está muy agradecida. Grace debe centrarse en estudiar», dijo. Tema cerrado. Respiré aliviado tras esa respuesta.

La casa no era grande, pero se las arreglaban bien. Dormían los tres hermanos en el suelo y el padre en una cama compuesta de cañas y sobre un colchón fino. Los sofás viejos donde habíamos estado sentados y una mesa de madera eran los únicos muebles, pero todo estaba limpio y ordenado. Salí al jardín, a echar unos toques con una pelota hecha de bolsas de plástico con Malith, el benjamín de la familia. Nos enfrascamos en uno de esos partidillos interminables donde las porterías son dos pedruscos y el marcador termina con empate a veintiséis. Y hay gol de oro, claro. El atardecer nos pilló jugando y acabamos a oscuras porque en la casa no había luz. A veces sí había, juraba Malith, pero

otros días no. Al final se veía tan poco que cualquier árbitro serio habría dado por nulo el resultado, especialmente el gol de oro, muy discutido y con una falta clarísima previa al chut...

...sí, el muy mocososo me ganó.

Entramos en la casa y todo estaba en silencio. Grace había encendido la linterna de su móvil y usaba trozos de espejo rotos para reflejar los rayos de luz y que hubiera más claridad. También había una vela encendida encima de la mesa. Seguía sentada en el mismo sitio y tenía un libreta cuadriculada entre las manos. En la tapa, una mujer rubia sonreía con unos labios muy rojos frente a una rosa también roja. Grace me miró, sonrió ella también, y siguió haciendo los deberes.